

Letras portuguesas

Una novela y un cuento

Jose Ares Montes

¿Pasa por un momento de crisis la literatura portuguesa? Me dicen que se publican más libros que nunca, lo cual es un fenómeno natural y general; libros, sin embargo, que muchas veces no se sabe quién los lee, al mismo tiempo que se elogian algunos que no lo merecen, y en guerrillas de tertulias y columnas de periódicos se silencian otros o se escatiman sus méritos. Pero, sobre todo, no parece publicarse tanta novela como en años anteriores. La novela ha sido uno de los géneros más cultivados en Portugal en estos últimos tiempos, sin embargo, durante 1972 han sido pocas las aparecidas y exiguo el número de las que merecen ser recordadas. No intento hacer un balance; ahí quedan los nombres de Faure da Rosa, Fernanda Botelho, de un Alves Redol, póstumo – su novela **Reinegros**, sobre la que tal vez hable en otra ocasión –, Fernando Namora y José Cardoso Pires. Son justamente dos libros de estos últimos los que deseo señalar a la atención del lector, porque, por varias razones, destacan entre los publicados en Portugal el pasado año. Se trata de **Os Clandestinos**, de Fernando Namora (Publicações Europa-América, Lisboa, 1972, 335 pp.), y **Dinossauro Excelentissimo**, de José Cardoso Pires (Editora Arcadia, Lisboa, 1972, 92 pp.), ambos entre la ficción y la realidad, ambos diferentes, muy diferentes, en dimensión, estilo y aun género, pero también secretamente emparentados por lo que tienen de crítica y denuncia, y ambos obra de dos de los mejores representantes de las letras portuguesas contemporáneas.

[...]

El lector español, a quien, por varias razones, no es asequible el libro portugués, puede leer ya traducidos al castellano los dos mejores libros de José Cardoso Pires, **El huésped de Job** y **El Delfin**, que cuentan entre las más valiosas novelas aparecidas en Portugal durante estos últimos años. **Dinossauro Excelentissimo** es, sin duda, con respecto a aquéllos, un libro menor, una diversión de Cardoso Pires, que aparentemente parece divagar por el mundo fantástico del cuento infantil, un cuento que podría emparentarse en algún momento con ciertas fantasías de Borges. Aparentemente solo, porque **Dinossauro Excelentissimo** oculta, o transparenta, una realidad biográfica trazada con diestras pinceladas esperpénticas, cuya agrura y cochambre se trasmuta en regocijo, gracias al ingenio, la ironía y la límpida sencillez narrativa del autor, que, pese a todo, ha transformado una siniestra realidad en una ingeniosa y alegre farsa. Aunque no sé bien si

acierto a calificar de alegre farsa este cuento ejemplar, destilador de negruras y enseñanzas.

«En realidad – dice Cardoso Pires como pórtico a su relato –, no hace mucho tiempo existió en el Reino de Mejiñón un emperador que en el ansia de purificar las palabras acabó por quedar impedido con la parálisis de la mentira. Todavía está ahí, dicen. Y no es hombre ni estatua, porque a él, sí, le robaron la muerte. No forma parte de nuestro mundo ni de aquel donde acostumbran a ir los cadáveres, aunque hiede terriblemente. Todo lo más es eso, un hedor. Un hillo de peste extendiéndose por todas las ciudades del imperio.»

Demoleedor de un mito, Cardoso Pires cuenta la historia de este emperador con incisiva mordacidad, velando lo que no puede desvelarse, pero no dejando dudas al lector sobre la verdadera identidad de este Padre de la Patria que en sus discursos y escritos «trasplantaba cadáveres de palabras sepultadas en la Edad Media a la lengua de los vivos».

¿Habría tenido infancia este emperador salido de la nada?, se pregunta el autor. «Misterio: sobre este punto los cronistas tropiezan en la pluma y saltan unos años. Se limitan a afirmar que ya de niño tenía la marca inconfundible de los jefes, como se había de probar más tarde cuando el Reino apareció firmado de punta a punta con su nombre.» Y poco después queda definido con estas palabras: «Saber y Autoridad era su lema; su arma el Silencio».

El Dinosaurio en ciernes es llevado a estudiar Leyes a la ciudad de los doctores, plagada de estudiantes de capa y levitas de luto. Allí estudió el hijo de la tierra – por hijo de campesinos – y allí aprendió una lengua muy útil, «porque sólo la entenderían los maestros y los difuntos».

Aprovechando la crisis en que se debatía el Reino del Mejiñón, nuestro aldeano, «flaco e iluminado de tanto estudiar, pero vestido de maestros, es llamado a la capital para hacer cargo de los destinos del país, mostrando a los ciudadanos la alegría de ser pobre y la difícil e infeliz vida de los ricos. El emperador vivía, para dar ejemplo, como un ermitaño en una torre modesta, de difícil acceso para los no iniciados. Cerrado con siete llaves, nadie, o casi nadie, lo veía. El Pueblo se acordaba de él por los retratos oficiales y los bustos en los jardines. El mismo ignoraba la luz del día. Sin embargo, se dignaba a veces, en ocasiones transcendentales, aparecer en la Plaza de los Aconecimientos y desde un balcón discursar a la masa analfabeta traída del campo y la montaña por sus párocos y maestras. Pero el emperador se enclaustra cada vez más en sí mismo y en su torre, aunque sin dejar de discursar desde ella, como es su deber y oficio. Y así pasan los años y el emperador envejece sacrificado en beneficio de su

Pueblo y de la humanidad, liberándose de la forma humana, para transformarse en un «monstruo de sapiencia que avanzaba sobre planicies desoladas, sobre mundos por construir, ceniza, agua y metal, con el dorso erizado y la terrible majestad de los animales de la primera creación. Alguien le llamó Dinosaurio, y así se quedó. En la Historia, como Dinosaurio Primero, Emperador y Maestro; en la memoria de los mejillones, como Doktor Dinosaurus, que suena más áspero y más crepuscular».

Hasta que un día, el Doktor Dinosaurus cae fulminado, víctima de la rebelión de la palabra Orden, transformada en Miedo y Muerte. Pero, ¡oh prodigio!, el Dinosaurio no muere todavía, queda sólo imposibilitado y con la ilusión de seguir mandando, cuando ya ha sido nombrado un nuevo emperador.

Situación cómicamente siniestra, que Cardoso Pires describe con aguda intención. Finalmente – todo llega –, Dinosaurio I muere de verdad, sin remedio. ¿De verdad? Su máscara se perpetúa en estatuas por parques y calles, y de generación en generación, de padres a hijos, en un interminable musitar, decían en secreto: «Es éste, el de la máscara».

¿Termina el cuento? Podría repetirse; los cuentos suelen repetirse. Pero el autor invita a cerrar el libro, a abandonarlo en cualquier parte, a mandar a paseo a los fantasmas, porque «estamos hartos de hablar de muertos, de viejos, de misterios, cuando todavía queda tanto por vivir».